

ECO DEL SEGURA

AÑO. VIII.

CIEZA 8 DICIEMBRE DE 1912.

NÚM. 395.

ECO DEL SEGURA
felicita sincera y efusivamente á todas las Conchas que hoy celebran su onomástico, deseándoles larga vida y dichas sin fin.

LOS PRESUPUESTOS

Pruebas y consideraciones.

Si no considerásemos asunto de capital interés el que nos ocupa, seguramente que el apasionamiento ó la violencia hubiéranos inspirado estos artículos; pero la fría realidad se impuso desde el principio y desde el principio escribimos con una inmensa tranquilidad de conciencia y con un infinito deseo de contribuir al renacimiento de nuestra decantada hacienda municipal. Si hasta ahora, hemos sentado principios teóricos sobre uno de los muchos impuestos que pueden mejorar la situación económica de Cieza, hoy dejamos la teoría para basarnos en la práctica, ya que á ello se nos invita, sinó con buenas palabras como cartel de desafío....

Hemos expuesto razonadamente el proyecto de un impuesto municipal sobre la exportación de sogas, capachos, maromas y en general de toda manufactura de esparto...

No se nos reponga que una R. O. (la de 27-5-887) se opone á esta tributación, porque esta R. O. no puede anular una Ley vigente. ¿Cuál es? ¡Ah! nosotros acostumbramos á guardarnos siempre las diez de últimas....

No se nos diga que es la ruina del pueblo el tal impuesto; porque entonces habría que recordar permisiones hechas al fabricante; y sobre todo habría que decir con el gran Cervantes: «¿Quién aseguró que ha muerto? Sospira, bulle y regüelda.» Eso decimos: Vive y mientras prósperamente viva no hay que pensar en la muerte. Nadie

sabe lo que está por venir. Es tonto adelantarse á los tiempos.

Se nos piden cálculos y vamos á hacerlos. Se nos invita á demostrar con cifras lo que pedimos; á dar pruebas convincentes de la verdad de nuestros razonamientos; á ser en una palabra claros y verídicos.

Vamos á exponer los cálculos en que basamos nuestros razonamientos. Vamos á dar un martillazo á los obcecados con unas cifras irrefutables; y después vamos á ser tan atrevidos que los mismos interesados, los esparteros, nos han de pedir que calleemos aun á costa de que la manufactura espartera pague el impuesto sea como sea...

Hubimos de asegurar hace días que el producto mínimo rendido por el nuevo impuesto al comenzar á regir en 1.º de Enero sería de unas 20.000 pesetas. Dijimos el producto *mínimo*. Ahora, con nuevos datos aseguramos que el *mínimo* cuando menos sería de 25 á 27 MIL PESETAS.

El que quiera saber en que fundamos este aumento, que observe cuál es la exportación espartera durante el quinquenio de 1907-11. Que averigüe donde y cómo han salido de Cieza por término medio *cientos dos mil ochenta y tres* quintales de esparto... ¡que ya es esparto!

Y, naturalmente, en esa exportación van incluidos los quintales de esparto en obra que hemos introducido en Cieza para la fabricación.

Indáguese también el precio medio obtenido por cada año y por cada especie de fabricación y se sacará la consecuencia de que los fabricantes obtienen ganancias muy considerables. No somos partidarios de gravar con impuestos la industria; pero cuando esta puede desprenderse de algunas pesetas, *sin perjuicio alguno*, creemos que es inicuo acudir al bolsillo del ciudadano mísero y dejar que otro se llene el suyo de pesetas mientras la caja común está esquilmada...

Facilmente, valiéndose de medios por nosotros empleados, puede sa-

berse la verdad de nuestros cálculos. Esos medios son ciertos. Por tener esos hemos renunciado á la invitación hecha por los fabricantes de que examinásemos sus libros; pues poco crédito pueden prestarnos, ya que no llevan en su primer folio la diligencia judicial acreditativa de formalidad en los asientos, veracidad en las cantidades y normalidad en las operaciones.

Ahora bien; que no hemos de ser tan cándidos que digamos la forma empleada para averiguar lo que va escrito. El que tenga ojos que vea.

¡Si siempre reservamos las diez de últimas!!

(La compaginación del periódico nos impide continuar. ¡¡Hasta el número próximo, señores!!)

UN PATRIOTA.

LA MARCHA REAL

En toda tertulia de café compuesta de hombres solos, como las horas son largas y el objeto es matar las horas, se arregla el mundo por distracción; se habla primeramente del tiempo, se discute de política, se alborota en cuestiones de toros, y por último, y esto sucede siempre, sale á relucir el sexo débil, hermosa mitad del género humano.

En este momento todos arrimamos un poquito más la silla á la reunión y lo más indiferentes toman la palabra con calor.

Sea cual fuere la conversación, siempre hallará algún sensato redentor que atajará el camino emprendido por más de cuatro bocas indiscretas y maldicientes; habrá más de algún detractor del matrimonio, solterón empedernido que odia á la mujer porque la teme según su propia confesión; encontrará también entre nosotros el jovenzuelo á quien apunta apenas el bozo, que en todo mote su cucharada, venga ó no venga á pelo, y maldice ó alaba á la mujer, según lo que sostienen los demás... Pero siempre, entre los reunidos, saldrán los más graciosos disparates que jamás se han oído, aunque todos los presentes aduzcan en pro de sus asertos un conocimiento del mundo más que mediano, unos, eternos conquistadores de criadas y fáciles hermosuras, por la experiencia de sus cuatro canas, y otros, por los cruales desengaños recibidos ya en la flor de su vida.

Así sucedió aquella noche en nuestra reunión. Cuando llegó la hora de las confesiones, un caballero, que se pisaba de ligero, con una indiscreción digna de mejor causa, tomó la palabra, y con tono misterioso, dijo:

—Yo, señores, creo que en amor no hay amigos, y que el vencedor es siempre el menos escrupuloso. Digo esto porque me hallo en un caso de conciencia que he resuelto ya á mi favor aunque en esto, salga quizá lastimado el honor de un amigo nuestro, es decir de un conocido—añadió, queriendo atenuar sus últimas palabras.

Aquí hizo un punto y sonrió maliciosamente.

—No quiero decir—prosiguió, aunque reventaba por declararlo—el nombre del caballero; sólo quiero advertir que hay faldas de por medio, que nuestro amigo es casado, y que está empleado en un departamento que no quiero citar, porque sería dar la solución al acertijo, trabaja hasta la madrugada sin poderse mover de su puesto...

Todos se miraron sonriendo, y uno como el que está en el secreto, insinuó haciendo un ademán muy significativo: «Eulano de tal».

—¡Bueno! No quiero decir si es ó no... Voy á mi cuento: Anoche de madrugada, á eso de las tres, pasaba yo por la calle de Belén de prisa y corriendo, pero no tanto que no me llamara poderosamente la atención un embozado que, enfrente de la casa de nuestro amigo, silbaba la marcha real con toda la fuerza de sus pulmones, mirando al cielo; picóme la curiosidad tan desusada tocata á aquellas horas y en semejante lugar, y puesto en observación en la próxima esquina, ví con no menos sorpresa, que una mujer envuelta en un manto espeso salió sigilosamente de la casa, y uniéndose al nocturno silbante, desaparecieron por un recodo de la calle... Tentado estuve por seguirlos, pero me contenté con asegurarme de quien era la paloma ya...

—¿Quién era?—preguntaron todos á coro.

—La esposa de... la calle de Belén.

—¡Qué escándalo!—Continúa.

—Entonces yo me lité un pensamiento de un maquiavelismo verdaderamente hermoso... Advierto, señores, que al ponerlo en práctica, lo hago solamente porque sé que el embozado no es el primero, y porque además tengo la certeza de...

—Prosigue.

—Porque además hay que dejar miramientos á un lado.

Al grano.

—Pues bien; esta noche pienso yo ser el embozado, y á las tres de la madrugada silbaré la marcha real desde donde la oí la noche anterior.

